

## CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE... ¿MEJOR?

Las hojas han vuelto a caer sobre mí. Secas, cansadas de observar la vida. Cansadas del viento que las azota y zarandea, ese viento que las aturde y maltrata...y ahora están posadas en mi asiento, descansando hasta que una ráfaga las traslade a otro lugar, y a otro, y a otro... hasta que sean pedacitos y caigan. Serán pisadas, ellas que lo han visto todo desde las alturas. A veces creo que me gustaría ser hoja, poder mecirme, no permanecer aquí quieto, perenne.

Hoy hace un año, creo que sí... hoy hace un año que viví el momento más intenso de mi existencia. Y sin embargo hoy no sucede nada, todo está tranquilo, como casi siempre. Hace un día soleado, de esos perfectos, en los que el sol es uno más y no el protagonista absoluto. Hay una brisa, limpia, suave, húmeda por la proximidad del agua. Después del verano, me encanta el otoño. El diseño de las estaciones es exquisito; el paso de una a otra es progresivo, te avisa de lo que está por venir y cuando crees que no vas a poder soportar más frío en invierno o más calor en verano, aparece el rayito de sol o la brisa refrescante... y así pasan los años... y sigo aquí, en la sombra de un árbol en la mañana, con la tierra en mis pies sobre la que me apoyo, y frente a mí, la razón de mi existir: el lago oculto. Ese lago que se aparece entre dos arbustos y se muestra orgulloso ante cualquiera que lo quiera disfrutar. Coexistimos. Yo no sería nada sin él, y él sería prácticamente invisible sin mí.

Escucho el motor de un coche. A mi espalda, aproximadamente a treinta metros, hay una pequeña carretera que circunvala el paraje, lo contamina, pero también gracias a ella tenemos nuestras preciadas visitas. Yo tampoco soy natural, aunque esté hecho de madera... pero yo no estaba aquí, me fabricaron como a *Pinocho* y me instalaron en este maravilloso recoveco del mundo para servir de asiento a todo el que quiera.

El coche se acerca... ¡qué bien, tengo visita! Así tendré la tarde más entretenida. Espero que sea una pareja... uno es poco y tres son multitud. Hace un año fue una pareja... ¡Qué intenso fue!

Oigo como se cierra la puerta del vehículo. Debe de ser un buen coche. Después de tantos años aquí he elaborado miles de teorías, y gracias a ese ruido compacto y sin vibraciones, interpreto que es un coche grande, de alta gama y que lo conduce un hombre... eso es ya más arriesgado, pero como no tengo a nada ni a nadie con quien apostar, diría que es un hombre. Esta es una de mis formas de entretenerme... hay que disfrutar de las cosas que pasan, estar alerta, sentir... no dejar de jugar nunca.

Percibo el pequeño temblor de la tierra que producen las pisadas de mi invitado, cada vez más notable, cada vez más próximo a mí... ¡Vamos acércate!

Hace un año fueron dos coches, uno bastante mejor que otro. Desde la llegada ya me resulto curioso... ¿Por qué dos coches, si son dos personas? ¿Por qué no vienen juntos? Esto está bastante lejos. Se saludaron allí, lo supe porque tardaron en acercarse. Pero mucho antes de estar próximos a mis tablas interprete por el peso de las pisadas, que eran un hombre y una mujer.

El hombre andaba fuerte y pausadamente; ella arrastraba lentamente los pies. Caminaban en silencio. Me rebasaron y fueron hacia el lago. Eso no me resulto extraño, casi todos se acercan al lago, lo contemplan y al rato doblan sus rodillas en mí. Permanecieron poco en pie y cuando los tuve a escasos metros, les escuché por fin.

Hombre con voz ronca, titubeante;

—¡Cuánto tiempo, Lucía!... no sé... no sé. No esperaba volver a tener noticias tuyas. Es... extraño.

Mujer con un dulce timbre de voz, suave.

—Lo sé... perdona. Imagino que estarás confundido.

—No, bueno sí, pero me gusta verte... estás... igual.

La Mujer dulce sonrió:

—No hace falta que mientas David. Siempre fuiste muy adulator... Estoy fatal, lo sé. Pero para mi disculpa, estos últimos días han sido los peores de mi vida... te lo aseguro.

Ella se sentó en mi madera, en el extremo derecho. Pesaba poco, los movimientos eran lentos. Me cayó bien; no me gusta la gente que en vez de aposentarse me aplasta y no se inmutan ante el quejido de mis tablas aprisionadas. Lucía debía tener unos cuarenta años, delgada, no llevaba tacón, el tacto de su ropa era suave, probablemente camiseta de algodón. En el extremo distal de mis tablas percibí su fría piel... falda... desprendía aroma a suavizante. Me resulto obvio que no vestía elegante... lo acababa de decir,

estaba pasando un mal momento, todo en ella indicaba pesadumbre. David que permanecía en pie, dándonos la espalda fue el responsable de romper un silencio incómodo que se había instaurado:

—¿Es por lo que me has llamado? ¿Qué te pasa Lucía?... verdaderamente me tienes en ascuas. Hace más de diez años que no sé nada de ti y hoy me llamas, me citas aquí, sin darme ninguna explicación... Perdona si te resulto insistente, pero creo que deberías aclararme que hacemos tú y yo aquí.

Él sonaba absolutamente confundido, autocontrolándose. Aproximadamente de la misma edad que ella, nivel cultural alto. Alguien que está acostumbrado a hablar en público. Alguien al que mi frágil huésped le había dañado en el pasado.

—Me apetecía volver aquí... como cuando... ¿has vuelto en estos años? —  
Silencio—. Yo tampoco. Y es tan bonito... ¿verdad?

Ahora era yo el estupefacto... habían estado aquí... intenté hacer memoria.

—Lucía ¿Qué hago aquí? Por favor explícamelo ya... no tengo todo el día.  
—Sonaba francamente irritado.

Ella se recostó en mí, parecía que quería alargar el momento. Yo no lo veía claro, como dilatara más la explicación David se iba a marchar. Mientras yo, intentaba recordar... diez años, Lucía y David... no me sonaban... hace diez años...

Mi invitado de hoy me ha rebasado y debe estar contemplando a la estrella del paraje. La vista del lago a estas horas de la tarde tiene que ser magnífica. Confirmando por las pisadas que es un hombre. Espero que se siente, como no lo haga voy a poder adivinar poco más. Son tan escasas las visitas... Quien viene aquí, es porque lo conoce, no hay nada cerca que excuse pasar por esta carretera. Hace muchos años sí hubo una empresa que organizaba actividades con canoas, pero la cerraron. Se dejaron de escuchar las risas de los niños, los chapoteos, las conversaciones románticas de las parejas. Todas las tardes tenía huéspedes... y pensar que me quejaba porque me molestaba su invasión ruidosa e interrupción de la paz de mi mundo. En fin, a todos nos pasa... echamos de menos lo que antes tuvimos. Juntamos en la coctelera de la memoria, los buenos y malos recuerdos, pero a estos últimos los filtramos, deshaciéndonos de ellos. A esta miscelánea le añadimos una pizca de romanticismo y fantasía para rellenar espacios vacíos y llegamos a la ilusa conclusión de que cualquier tiempo pasado fue mejor....

Estaba seguro de que eso es a lo que había venido Lucía, ella quería rememorar lo que vivió hace diez años, junto a él, en este lugar. Pero David cada vez estaba más ofuscado, después de varias respuestas incongruentes de ella, estaba perdiendo la paciencia.

—Lucía... me voy a tener que ir. No sé qué pinto aquí... y te aseguro que no me hace bien recordar. Ya me castigué bastante. Desapareciste, me dejaste sin darme ninguna explicación... te casaste a los meses... lo supe, me lo dijo... Elvira.

—Y después tú lo hiciste con ella... —le respondió una Lucía tranquila.

—¿Importa algo? ¿Te importó algo cuando lo hice? Porque te juro que hasta unos minutos antes esperé que sonara el teléfono. Pero no sonó, no me llamaste y cometí uno de los errores más grandes de mi vida. Le amargué la existencia a mi mujer, a una buena amiga, a alguien que confiaba en que conseguiría olvidarme de ti. Porque en eso no nos parecemos, yo no mentí. Elvira supo en todo momento que yo no estaba enamorado de ella. Tú me usaste, te burlaste de mí, y te casaste con otro.

—Siento que lo hayas pasado mal. —Intentó disculparse Lucía, pero David ya había cogido velocidad en la carrera de la franqueza y continuó hablando:

—Tranquila, ya estoy bien, o por lo menos lo estaba... —Carraspeó.

—No fue como crees, Darcy... perdona...

Ahí recordé quienes eran: Darcy y Lizzy. Se llamaban mutuamente así por los protagonistas de *Orgullo y Prejuicio*, de lo cual me reía yo siempre. Nunca supe sus verdaderos nombres. Estaban locos el uno por el otro, venían muchas tardes. Los había olvidado por completo, recuerdo que los añoré tiempo atrás. Pensé que se habrían mudado.

—No importa... —le confió él.

—Alex se cruzó en mi vida, me arrolló, fue como un *tsunami*, de verdad David. Era imposible resistirse. Yo era ingenua, confiada, y él se coló sin mi permiso en cada célula de mi organismo. No tengo disculpa... y de sobra sé que no vas a hacerlo, pero no te pido eso, sólo quiero que me escuches.

—Por supuesto... ¿pero por qué hoy, con esa celeridad?

—Pronto lo entenderás... debes saber... Te quería muchísimo, eres lo mejor que me ha pasado nunca —Lucía sonaba serena. Su cuerpo cada vez se aposentaba más sobre mí—. Pero como te he dicho Alex me arrolló... y no supe esquivarle. No dejaba espacio en mi mente para pensar, me bloqueaba; me abandoné a su suerte. Yo sólo era lo que él quería. A veces lo he comparado con un virus, se me coló sin permiso en mi sistema, con mis defensas bajas y me desordenó hasta enfermar. Porque ahora sí sé que estoy enferma, que sigo enferma, y que moriré enferma.

—¿De qué estás hablando? —Él se sentó por fin, pero en el otro extremo del banco. Llevaba traje y zapatos elegantes. Su cuerpo me pareció atlético, reparé en la firmeza de sus muslos. Aroma a buen perfume. David había prosperado en la vida, cuando era Darcy llevaba vaqueros y su olor parecía más económico.

—Me gustaría que no me odieras por lo que hice contigo... ya me castigo yo todos los días. Muy pronto cuando me encontré una mañana, destrozada, a los pocos días de mi boda, empecé a odiarme.

—¿A qué te refieres con destrozada?

—No, no vengo a contarte mis penas, no quiero que sientas lástima por mí, tú no. Es suficiente con que entiendas lo que te he dicho, él me arrolló y yo dejé de pensar por mí. Lo demás, los detalles no tienen importancia, ni vienen al caso. Supe que te habías casado con Elvira, porque unos días antes de casarte me encontré con tu madre y me lo confesó. Te llamé, claro que te llamé, te he llamado todos estos años, todos los días... pero sin coger el teléfono.

El visitante de hoy, viene hacia mí, lentamente. Me preparo para recibir su peso. Antes de sentarse se deshace de las hojas que descansan en mi asiento. Está en forma, no más de setenta y cinco kilos. No recuesta la espalda en mi respaldo, sino que se apoya sobre sus piernas, como el pensador de Rodin... podría ser él... hoy hace un año. Un año de incertidumbre, no hay día que no haya dilucidado en ello. Me quedé tan desconcertado... Pero si no habla, no puedo reconocerle; es posible que sea él y que haya venido para homenajearla... entonces todo se aclararía...

Yo creía lo que ella le estaba confesando, entrelíneas sólo había verdad. Entendí que el tal Alex, la manipuló, alejándola de él. Probablemente fue maltratada, pero Lucía no quería hablar de eso, lo que confirmaba mis sospechas... No debe de ser fácil decirle al hombre que siempre has querido que le abandonaste para irte con otro, que después te maltrató. Porque también creía cuando decía que sólo le había querido a él. Recuerdo cuando ella era Lizzy, una mujer alegre, fuerte, inteligente, rápida, llena de energía, enamorada locamente de su Darcy... ahora era la mitad de esa chica.

—Esa es tu versión, Lucía... la acepto. Pero de todas formas espero que nunca me encuentre con Alex porque no sé...

—No lo harás... Alex está muerto —interrumpió, con voz neutra, Lucía.

—Ah, perdón, lo siento...



—No, no lo sientas, vamos no tienes porque sentirlo. Yo sí. Yo sí que tengo que hacerlo. Hace unas tres semanas tuvo un accidente de tráfico, murió en el acto. Y ya está, un momento es suficiente para dejar de respirar... hasta para eso ha tenido suerte, yo llevo diez años sin poder coger aire; él respiraba por mí.

Cada vez la sentía más pesada en mis tablas, su voz se aletargaba, entre frase y frase se tomaba pausas. Le debía estar costando contarle esto a él.

—Quería volver aquí, al único lugar donde he sido feliz... me hacías tan feliz, David.

—Tú a mí también, Lucía... ¿Tienes frío? Estás temblando. —Era cierto que notaba como las delgadas piernas de mi visitante temblaban. David se quitó la chaqueta del traje y se la puso sobre los hombros en un rápido movimiento, sin que Lucía replicase.

—Estás pálida, vámonos. Hace frío, hay mucha humedad aquí...

—No, Darcy, no, quiero estar aquí... déjame llamarte así... David es tan distante. —Lucía sonaba confusa, borrosa.

—Sí, como quieras... Lucía, me estas preocupando... es evidente que no te encuentras bien ¿estás enferma? ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—No, no... estoy mejor que nunca... aquí... contigo... ¿puedes hacerme un último favor? ¿Puedes abrazarme?

—¿Qué está pasando? —David se mostraba alterado. Yo notaba como el cuerpo de Lucía cada vez pesaba más y perdía grados. Yo estaba angustiado, quería gritar y decirle que hiciera algo, o que llamará a una ambulancia, porque algo le estaba pasando a esta chica.

—¿Puedes abrazarme? Sólo te pido un abrazo. —David se deslizó instantáneamente al lado derecho del banco y sentí como la abrazaba, mientras le preguntaba cada vez más preocupado. Lucía no respondía, sólo lloraba, sus lágrimas caían en mi madera.

—Ya no puedo más, Darcy... pero me voy feliz... en tus brazos... como siempre he soñado. No podía vivir más, me he castigado todos los días por lo que... te quiero... quédate así hasta que me vaya...

—¿Qué has hecho, Lucía? ¿Te has tomado algo? ¿Por eso hemos quedado aquí, porque estamos lejos?

—Sé feliz. Hazlo por mí... —Esto es lo último que oí en boca de Lucía. El resto fue la llamada nerviosa de David a la ambulancia, los zarandeos al cuerpo de ella casi inerte. Los gritos pidiéndole que abriera los ojos. Gritos y súplicas. Llanto desesperado. Después de lo que a él y a mí nos pareció una eternidad, aparecieron varias ambulancias y comenzó la acción. Encima de mí intentaron reanimarla. Pretendían que ella no se convirtiera en lo que soy yo: un ser inerte. En uno de los impetuosos movimientos, me arañaron una tabla de mi asiento... pero yo no sangro... no importo. He intentado durante este año, recordar lo que decían: intoxicación por benzodiazepinas, anoxia, parada respiratoria... pero yo sentía su corazón... cada vez más lento. Eso ha mantenido mi esperanza, el latido de su corazón... aunque ella no quería

seguir viviendo al rey de su organismo le costaba tirar la toalla. Pero era su deseo y probablemente lo consiguió.

Mi visitante de hoy, cambia su postura corporal y se recuesta apoyándose en mí.

—¡Lizz, Lizz! —Suspira... ¡Es él!, sin duda. Me muero por preguntarle. Pero soy un mero espectador, es imposible, yo sólo puedo adivinar, sumar las pistas que me van regalando para llegar a una conclusión final... y me temo que esta vez no me gusta.

Antes de irse posa una flor que parece ser una rosa sobre mis tablas y se levanta. La rosa y yo permaneceremos juntos hasta que el viento desee llevársela. La rosa es ligera como era Lucía. Ha venido a despedirse de ella. Es poético. Le rinde homenaje. Al final él la perdono. Ella esté donde esté, sentirá ese perdón.

Yo también le rendiré homenaje todos los años, debo pensar cómo... hay pocas cosas que puedo hacer, al fin y al cabo soy un banco... pero... ¡espera! Soy un banco arañado por ella. Ya tengo mi homenaje: es ese arañazo que siempre mostrará mi tabla... una huella del paso de Lucía por la vida. Me gusta.

Se está poniendo el sol, y va a acaecer la noche, también me parece formidable el paso del día. La luz y después la oscuridad. Adoro a la luna, su falsa inocuidad, con sus múltiples caras, me hace reflexionar... hoy mi reflexión se la dedico a ellos, a esta pareja truncada.

«No es fácil saber que decisiones son acertadas y trascendentes en la vida. Por eso todas hay que tomarlas despacio, sin presiones, sin dejar que nada ni nadie te obnuble, para poder después ser consecuente. Lucía decidió vivir con Alex y morir después de él. David decidió no olvidar ni dejar morir a Lucía».

## EPÍLOGO

Suena el motor de un coche, un coche más pequeño, de una gama más baja que el de David. Escucho de nuevo los pasos de él acercarse hacia mí, mucho más enérgicos, el ruido del coche cesa.

La puerta del coche se abre, la tierra vibra al cerrarse la puerta.

David se acerca a mí y me quita la rosa...

